

**Domingo IV, tiempo ordinario -ciclo C-**

El *hijo* que regresa a la casa del *Padre* es una persona renovada, enriquecida después de su empobrecimiento voluntario; un ser humano que se encuentra con el abrazo abierto de un *Padre* que espera siempre. Este mensaje debería llenarnos de alegría y de fuerza para reiniciar el camino de la conversión una y otra vez, cuantas veces sean necesarias. Dios busca el encuentro, lo desea con tanta fuerza que no pasa día sin que salga al camino para otear el horizonte, cuando nos reconoce en la lejanía, no espera sino que corre a nuestro encuentro. *¿Qué nos impide ver y gustar semejante derroche de ternura y de perdón…?*

**Texto**: Josué 5, 9a. 10-12; Salmo 33, 2-7; 2Corintios 5, 17-21; Lucas 15, 11-32

* *“El Señor dijo a Josué: Hoy os he despojado del oprobio de Egipto”.* El camino por el desierto ha sido duro, y las experiencias de muerte numerosas. Pero ha llegado el tiempo de comenzar la conquista de la tierra prometida y el Señor advierte al pueblo, por medio de su nuevo líder, Josué, que no han tenido más libertador que él, su Dios (cosa fácil de olvidar. De eso tenemos experiencia…). Pero, junto a esta realidad que nos despierta la conciencia de ser un pueblo salvado, el mensaje de este texto nos pone ante otra realidad incuestionable: Dios nos libera para ser y actuar como personas libres y responsables, haciéndonos cargo de nuestra propia vida, generando, con nuestro trabajo, los frutos que nos ayuden a subsistir y a crecer con dignidad. Dios no sería verdaderamente *liberador* si no nos enseñara a desprendernos del “maná” y aprendiéramos a generar lo que necesitamos para vivir con nuestro propio esfuerzo: *“Cuando comenzaron a comer del fruto de la tierra, cesó el maná”.* La fe no debe convertirnos personas acomodadas, todo lo contrario, nos compromete a ser personas creativas, comprometidas y liberadoras.
* El salmo 33 nos sitúa ante un gran banquete: el banquete del amor. El amor de Dios es algo que podemos “ver” y “gustar” en nuestras vidas. Solo tenemos que dejarnos festejar por nuestro Padre y dejarnos revestir de su misericordia y bondad.
* *“El que es de Cristo es una criatura nueva.”* No era fácil, para los miembros de las jóvenes comunidades cristianas, afrontar las dificultades de su conversión a Jesucristo. Tampoco es fácil para ellos seguir siendo de Cristo en este siglo XXI recién comenzado. Es más, quizá sea ahora el momento en el que su fe martirial está siendo puesta a prueba con mayor dureza: marginación, persecuciones, muerte… ¿Qué no será capaz de soportar el que es un hombre y una mujer *nueva*, con la novedad del Espíritu que da fortaleza para afrontar todo tipo de muerte? Los cristianos de Medio Oriente tienen el sano orgullo de estar enraizados en las primeras comunidades, nosotros/as tenemos el orgullo de ser, como ellos y con ellos y ellas, *“enviados/as de Cristo”* y *“portadores/as de la reconciliación”.* El problema es que podemos estar demasiado acomodados como para reconocerlo y aceptar que cada día hemos de abandonar *lo viejo* para convertirnos a Dios en Jesús, nuestro único Señor. Él es el camino para alcanzar la justificación de Dios, que, al final será lo único que cuente.

Este“Año de la Misericordia” las palabras de Jesús hablando del *"Padre compasivo y misericordioso”* nos salen al encuentro una y otra vez. Y siempre nos dice algo lleno de gozosa novedad, aunque sea lo mismo: Dios ama siempre, Dios espera siempre, Dios perdona siempre y siempre hace fiesta por el hijo o hija que vuelve, mientras trata de sacar de su ceguera al hijo/a que malgasta su tiempo junto al Padre sin reconocer la intensidad de su amor y de su gracia. Ahora sabemos que, quien nos está contando esa historia es nuestro Hermano *“el Hijo fiel”,* el que permaneció junto al Padre de todos hasta que él lo envió a buscarnos: Jesús. Él comparte sus mismos sentimientos, porque su corazón es compasivo, misericordioso y paciente como el del Padre. Jesús es nuestro hermano y compañero de camino.

No podía Dios quedarse a la espera y salir cada día a otear el horizonte, sin tener la certeza de que, como hijos/as pródigos/as, hambrientos de una libertad mal entendida, y faltos de sabiduría para descubrir el valor de los dones derrochados, estaríamos dispuestos y dispuestas a regresar a su casa, nuestra casa: su propio Corazón. Jesús nos sigue y pone ante nosotros la realidad: lejos del Padre *nadie nos da nada*…

El Padre nos lo da todo, junto con la fortaleza para recuperar la dignidad perdida. Y esa no es otra que nuestra condición de hijos e hijas amados y amadas en el Hijo: Jesucristo. Él es el hermano dispuesto a dar su vida por nuestro regreso al Hogar común: la Misericordia del *Padre*, con entrañas y actitudes propias de una *Madre*. Incluso para quienes creen trabajar sin recompensa alguna y se entristecen por el bien del pecador arrepentido, el Padre tiene una mirada cargada de amor y unas palabras llenas de ternura: *“Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo míos es tuyo…”*. ¿No sería bueno que, de una vez, nos alegráramos con Dios por su bondad para con nosotros y por la vuelta del hermano perdido y encontrado de nuevo…?

***Trinidad León Martín, mc***